

Grecia: la historia anterior al colapso. La caja de Pandora

Georges Prévélakis

Aunque los acontecimientos se han sucedido a un ritmo vertiginoso y determinados aspectos concretos de lo narrado en este artículo se han visto superados por los posteriores, hasta hoy mismo, el análisis del trasfondo histórico aquí realizado es de gran interés para entender la evolución de la crisis griega. Por esta razón se ha considerado oportuna su publicación pese al desfase temporal y a los nuevos datos e informaciones de los que sin duda dispondrá el lector. [Red.]

Todo empezó hace dos años, en el otoño de 2009: tras su amplia victoria en las elecciones generales al frente del Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK), el nuevo primer ministro griego, Yorgos Papandréu, abrió de repente una auténtica caja de Pandora. Forzado a confesarles a sus electores que no sería capaz de mantener las promesas que había hecho durante la campaña, acusó a sus oponentes y predecesores de Nueva Democracia de haber ocultado las magnitudes del déficit y de la deuda. Para salvar la contradicción entre su contundente discurso preelectoral («¡dinero no falta!») y la inevitable política de austeridad, adoptó deliberadamente una postura exagerada y comparó a Grecia con el *Titanic*.

Políticamente, fue una huida hacia adelante que tuvo graves consecuencias. Los mercados se asustaron y el gobierno se vio incapaz de financiar el déficit y de cumplir los plazos de reembolso de la deuda. Ante la amenaza de una quiebra cuyos efectos hubieran desestabilizado al conjunto de la economía europea, la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional crearon en la primavera de 2010 una *troika* que acudió en ayuda de Grecia, sustituyendo a los mercados. A cambio, se le pidió al gobierno griego que saneara la situación reduciendo el déficit y aplicando reformas estructurales.¹

Más de un año más tarde, en el verano de 2011, el fracaso de estas medidas era indiscutible. Se habían hecho pocos progresos en materia de reformas, el sector público seguía actuando de forma derrochadora, a pesar de los recortes en salarios y pensiones, mientras el déficit se reducía ligeramente y el porcentaje de deuda respecto al PIB iba en aumento. Enredado en sus propias contradicciones, las

medidas adoptadas por el gobierno griego habían llegado demasiado tarde, eran muy insuficientes y, por lo general, contraproducentes. Ineficiente y disfuncional, la administración había quedado inmovilizada por unos impulsos políticos incoherentes. La economía entró en una profunda recesión, algo que se explica solo parcialmente por la falta de medidas de estímulo por parte del Estado y por la reducción del poder adquisitivo de funcionarios y pensionistas. Sucesivas declaraciones gubernamentales, contradictorias entre sí y que amenazan uno tras otro a los distintos grupos de población (médicos, abogados, funcionarios, etc.), han creado un clima de división, de pánico e inseguridad. Todos los actores de la vida económica han tratado de limitar su exposición. En estas circunstancias, los ingresos fiscales se han reducido pese al aumento de los impuestos y la introducción de nuevas tasas.

El resultado es que, a finales de 2011, las autoridades europeas se están preguntando una vez más cuál es la política a seguir.² Permitir que Grecia vaya a la quiebra, como requerirían las condiciones de la ayuda, podría tener graves efectos en la política y la economía europeas. Por otra parte, dado el modesto tamaño de la economía griega, el rescate del país, aunque fuera provisional, costaría mucho menos que las consecuencias de la quiebra. Sin embargo, es probable que esta solución acabe por exasperar, y no sin razón, a los contribuyentes europeos. Por tanto, una tercera vía parece figurar en el orden del día. Consistiría en combinar el apoyo económico con una intervención más directa en la gestión de la economía y la administración griegas. Se trata de una opción seria, que sin embargo no está exenta de riesgos. Dos años después de la victoria del PASOK, la cuestión es que los males siguen saliendo de la caja de Pandora, mientras que, en línea con el relato mitológico, la esperanza siempre queda encerrada en su interior.

En Occidente, esta tragedia griega ha sorprendido y sigue sorprendiendo. La ilusión de una Grecia más familiar y predecible que muchos otros países europeos se ha esfumado, revelando de ese modo una profunda incomprensión. Al continuar desarrollándose, la crisis griega –hoy es una crisis económica, pero tal vez mañana sea una crisis política y de estabilidad– pone de manifiesto las debilidades del proyecto europeo.

En este contexto, es posible leer la crisis centrándose exclusivamente en los aspectos institucionales y en las políticas de gestión de la Eurozona. Importante como es, esta lectura sigue estando atrapada en una visión eurocéntrica que ahora debe ser superada. La Unión Europea ya no se limita de hecho, a diferencia de la CEE de antaño, a una pequeña parte de Europa, sino que ambiciona expandirse por todo el continente. Si tanto en el pasado como ahora ha sido una respuesta a necesidades reales y a ambiciones geoeconómicas, geopolíticas y geoestratégicas, esta aspiración comporta dificultades que tienen más que ver con la geografía cultural que con los espacios económicos o institucionales.

PERCEPCIONES Y REALIDADES

Grecia ocupa un lugar central en el imaginario europeo. Dado que la modernidad ha basado su legitimidad en las referencias clásicas, dado que un país como Alemania se ha construido sobre la mística de la afinidad greco-germana, no fue posible admitir en los siglos XVIII y XIX que Grecia estuviera ausente de la escena contemporánea europea. Así pues, la creación del moderno Estado griego en el siglo XIX debe ser entendida ante todo como una gran empresa identitaria europea. Cualquiera que haya sido el trasfondo de antagonismos entre Francia, Inglaterra y Rusia que acompañó a la independencia griega, esta ha sido una de las afirmaciones más importantes de Europa.³

Por tanto, no sorprende que Europa haya tratado de construir Grecia a su imagen y semejanza. Es fácil para los visitantes del centro de Atenas percibir la doble apropiación de la antigüedad griega por la modernidad europea: sin rastros del pasado real, sea bizantino u otomano, el imaginario neoclásico europeo se ha apoderado literalmente del espacio ateniense.

Esta apropiación simbólica se repitió un siglo y medio más tarde, cuando Grecia se incorporó a la CEE. Bien mirado, este acontecimiento constituyó una auténtica paradoja, tanto cultural (la Grecia ortodoxa y pos-otomana se incorporó por delante de España y Portugal) como geográfica (dada su posición de insularidad en relación con el territorio de la CEE en el que se integraba); una paradoja que no hace sino confirmar la singularidad del lugar que Grecia ocupa en el simbolismo europeo.

Dado que las representaciones de la modernidad adquieren gran importancia, sería difícil imaginar que este país quedara fuera de la norma geopolítica. Europa ha aprendido a pensar en Grecia como una perfecta encarnación, casi como el tipo ideal, de la trinidad westfaliana: nación, Estado, territorio. Sin duda, este ideal presentaba algunos «retrasos», como el bandolerismo, los conflictos nacionalistas, la incuria del gobierno y la inestabilidad política, rasgos todos ellos que, atribuidos a la herencia del «yugo turco», podrían ser gradualmente eliminados gracias a influencia de Europa.

Este paternalismo europeo hacia Grecia ha generado grandes decepciones y resentimientos que, no obstante, parecieron desaparecer después de unos pocos años. La reciente relación entre Grecia y Europa (con o sin su extensión americana) se podría calificar de ciclotímica. Sin ir más lejos, podemos recordar la secuencia de estados de ánimo positivos y negativos entre la «Grecia de los coroneles» fascista (1967-1974), la «Grecia de Karamánlis» democrática y proeuropea (1974-1981), la «Grecia socialista» de profundización de las libertades y de la justicia social (1981-1989), la «Grecia nacionalista» del contencioso con Macedonia y de la solidaridad con Serbia (1989-1999) y, finalmente, la «Grecia de los modernizadores» que se adhirió a la Eurozona y organizó los Juegos Olímpicos de 2004. Hoy en día, el panorama se ha oscurecido de nuevo

Esta multitud de representaciones distorsiona una realidad compleja hasta el punto de rozar el ridículo: ¿estaremos en presencia de dos Grecias? Para superar los estereotipos, es necesario ante todo cuestionar la validez del modelo westfaliano en lo que concierne a Grecia.

LA NACIÓN

A primera vista, hay pocas naciones cuya naturaleza parezca tan simple e indiscutible como la griega. Ha existido desde la antigüedad, ha sido sometida durante siglos por los «turcos», despertando en 1821 para crear su Estado, liberar a sus hermanos y recuperar sus territorios. Tras este relato de la historiografía nacional griega, que Europa ha aceptado de buena gana, se esconde sin embargo una realidad mucho más compleja.

La población actual de Grecia está compuesta en su mayor parte de descendientes de *rums* (súbditos otomanos de culto cristiano ortodoxo). Hasta mediados del siglo XIX, la identidad religiosa era la principal referencia identitaria de aquellos de los que descienden los actuales griegos. No todos eran de habla griega: muchos de ellos eran de habla albanesa, turca, eslava o valaca. Sólo una pequeña parte de ellos vivían en lo que hoy es territorio griego: la mayoría se encontraban dispersos en los Balcanes, en torno al Mar Negro, en Asia Menor o en Egipto. En este sentido, Grecia funcionaba como un «crisol» de pueblos, lo que la hace mucho más comparable con lo que ocurre en Israel o Francia.⁴

Tras la aparente homogeneidad «étnica» emerge, pues, una gran variedad de orígenes, de culturas y de realidades antropológicas que constituye un formidable activo para la sociedad griega en términos de capacidad de recuperación y de apertura. El fondo antropológico albanés (los griegos arbanitas) explica el éxito de la importante inmigración albanesa en Grecia desde el final de la Guerra Fría.⁵

A pesar de la existencia de una élite cosmopolita altamente occidentalizada, la mayor parte de la población griega es culturalmente oriental. Al margen de las tensiones nacionalistas, el griego corriente se encuentra más cómodo con un turco, un libanés o un judío sefardí que con un alemán o un inglés. Por tanto, el grueso de la población griega puede caer fácilmente en actitudes antieuropeas y antioccidentales, más o menos justificadas por rencores históricos (que van desde el cisma y las cruzadas medievales hasta la ocupación nazi en la década de 1940). El Partido Comunista Griego, uno de los pocos de ese tipo que siguen activos, debe su influencia más al resentimiento antioccidental que a la ideología marxista.

El sustrato religioso de la nación griega le permite estar enmarcada por dos instituciones: la Iglesia ortodoxa y el Estado. Una posible quiebra del Estado puede ser compensada, al menos en parte, por una mayor movilización de la Iglesia. La religión es un elemento importante en la resistencia de la sociedad griega, algo

que a muchos tecnócratas occidentales les cuesta entender, ya que sus experiencias sobre la relación entre política y religión pertenecen a otros registros.

EL ESTADO

Al llegar a Atenas en 2010 y descubrir los entresijos de la administración griega, los expertos de la *troika* se llevaron una desagradable sorpresa; desagradable en buena medida porque el predominante economicismo de los expertos internacionales se empeña en ignorar que tras el término «Estado» se puede ocultar una gran variedad de formas históricas. Las peculiaridades y los problemas de la administración griega se pueden explicar por las formas de construcción del Estado y por las tensiones que ha creado entre la elite ateniense y el resto de la población. Las debilidades del Estado son resultado del compromiso entre el centro y la periferia, que estuvo condicionado, al menos en las primeras décadas de existencia del país, por la necesidad de garantizar un mínimo de estabilidad política y militar en el recién constituido territorio.

Después de la emancipación del imperio otomano (1829), el Estado griego fue creado por los funcionarios alemanes que a partir de 1832 acompañaron al primer rey, el príncipe Otto de Baviera. Fue un ejército de mercenarios europeos el que impuso la centralización frente a la resistencia de una sociedad que vivía en un marco político, institucional y cultural otomanos, es decir, que mantenía una estructura descentralizada y reticular.⁶

La construcción de un Estado moderno se llevó a cabo a lo largo de los siglos XIX y XX con grandes dificultades, con avances y retrocesos. Con el fin de ganarse la lealtad de la población rural, que se refugió en el bandolerismo como forma de expresar su rechazo a una modernidad política importada, el poder se sirvió del aparato estatal no solo como instrumento de represión, sino también como sistema de distribución de una suerte de renta o tributo. La principal moneda de cambio fueron los empleos estatales. Un puesto en la administración se saldaba en un primer momento con la pura y simple sumisión, traduciéndose después en votos.

La forma en la que las élites atenienses se comprometían explica, al menos en parte, el déficit presupuestario crónico del Estado. También explica la ineficacia de la administración. Sus cuadros eran reclutados según unos criterios que poco tenían que ver con la competencia. Los funcionarios tenían la sensación de haber obtenido una sinecura en lugar de una misión: por tanto, ¿de qué servía trabajar?

Con el fin de distribuir una renta entre un número suficiente de clientes, la elite política tenía que encontrar fuentes de financiación. Una de las soluciones elegidas para mantener este Estado sobredimensionado fue aumentar los impuestos sobre la actividad económica, lo que a su vez no hizo sino que arraigara la tradición de la evasión fiscal, estableciendo una singular relación de fuerzas:

el Estado contra la economía, la economía contra el Estado. Sin embargo, los ingresos nunca eran suficientes, por lo que también fue necesario recurrir al extranjero, antaño a Europa y a los EEUU, hoy a Rusia y a China. Las élites griegas han aprendido a explotar los sentimientos de simpatía hacia Grecia y la posición geoestratégica del país a fin de obtener financiación externa. Así, se han establecido como intermediarios entre una población con una cultura oriental, que exige una renta a cambio de su sumisión, y las potencias occidentales, que por una combinación de ingenuidad y cálculo geopolítico aportan los fondos necesarios.

Por supuesto, podemos criticar esta presentación reprochando su carácter esquemático, cuando no reductor. Ha habido períodos en que el Estado griego ha logrado aplicar reformas de manera significativa y funcionar con eficacia bajo el liderazgo de fuertes personalidades políticas, como Trikoupis Charilaos a finales del siglo XIX o Eleftherios Venizelos y Ioannis Metaxas en el periodo de entreguerras. Más recientemente, Konstantín Karamánlis fue capaz de combatir en dos ocasiones (de 1955 a 1963 y de 1974 a 1981) las debilidades crónicas del Estado. Desde 1981, sin embargo, el gobierno griego ha recaído en sus viejos vicios.

Fundador del PASOK y primer ministro desde 1981 hasta 1988 y de 1993 a 1997, Andreas Papandrú se impuso políticamente con la obtención de nuevas subvenciones europeas (como las de los «Programas integrados Mediterráneos») y mediante la creación de una red partidista para la distribución del maná europeo. Papandrú estaba influido por los análisis marxistas sobre los peligros del «legalismo» en la conquista electoral del poder y, además, tenía el convencimiento de que la administración era demasiado favorable a sus predecesores de la derecha. Así pues, instaló en su seno una especie de comisarios, lo que en la jerga popular se denominan *prassinofrouri* («guardias verdes», es decir, el equivalente a los guardias rojos, pero con los colores del PASOK). La jerarquía fue abolida, lo que llevó a cuestionar la competencia y la eficiencia. Treinta años más tarde, se pueden percibir los verdaderos resultados de esta práctica con la jubilación de los últimos funcionarios de la generación anterior a 1981. La era de Andreas Papandrú quedó simbolizada también por la broma del primer ministro reconociendo a cualquier funcionario o responsable político el derecho a «darse un pequeño regalo», mientras tuvieran cuidado de no sobrepasar ciertos límites! Al tolerar la corrupción, el PASOK se aseguró un dominio aún mayor de la administración.

Como sucesor de Andreas Papandrú al frente del partido, Kostas Simitis se distinguió por conseguir la entrada de Grecia en la zona euro. Las puertas de los mercados financieros estaban ahora abiertas de par en par. En la época de Simitis, el enriquecimiento y el consumo ostentoso se convirtieron de pronto en la piedra de toque del éxito social; y la industria europea de automóviles de lujo aprovechó la ocasión. El déficit de la balanza comercial fue la consecuencia de esta deriva. Sin embargo, el endeudamiento y las subvenciones europeas siempre estaban ahí para absorber el impacto psicológico de los déficits públicos, el consumo masivo de los productos de importación y la pérdida de competitividad.

En lugar de ser un estímulo para la modernización, la integración de Grecia en la CEE, en la Unión Europea y en la zona euro ha funcionado como un anestésico. Protegidos por una Europa demasiado indulgente, los griegos han perdido todo sentido de las realidades económicas y sociales; se han hundido en lo fácil, lo laxo, el parasitismo. Los electores rechazaron a los dirigentes políticos que abogaban por políticas de austeridad en favor de quienes les prometían puestos de trabajo, salarios más altos, jubilación anticipada; eligieron a quienes toleraban la corrupción, la protección de determinadas profesiones frente a la competencia, los oligopolios, etcétera. Al Estado, intermediario entre Grecia y Europa, se le encomendaba la gestión del flujo de dinero, a resultas de lo cual creció desmesuradamente, ahogando el sector privado. La enorme oportunidad europea que generaron los esfuerzos de Karamánlis en las décadas de 1960 y 1970 se transformó así en un desastre económico, político y moral.

EL TERRITORIO

Según la visión westfaliana, la nación y el Estado se inscriben en un perímetro bien definido que delimita el territorio nacional. Uno se imagina el territorio griego, desde Creta hasta Macedonia y desde las islas jónicas a las del Dodecaneso, como eternamente griego, desde la antigüedad hasta nuestros días, como el «contenedor» de una nación igualmente eterna. Este espacio, que se corresponde aproximadamente con cierta geografía histórica imaginaria, fue en realidad un cruce de caminos recorrido, habitado y dominado por una sucesión de pueblos, Estados, imperios.

Culturalmente multiforme e históricamente discontinua, la nación griega es actualmente una realidad empírica sólida, que ha sido forjada por sus instituciones (la Iglesia y el Estado) sobre la base de la *Umma* de los cristianos ortodoxos. Sin embargo, el territorio nacional es solo uno de los muchos espacios de esta nación. De hecho, gran parte de los griegos escapan, en parte o del todo, al control del Estado. Actualmente, constituyen el grupo de mayor éxito dentro de esa nación. Son activos en la marina mercante, un sector que opera a nivel internacional. Esparcidos por los distintos confines del mundo, a menudo estructurados en torno a las diócesis del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla (cuya sede está siempre en Estambul), la diáspora griega es también un actor muy dinámico.

Por tanto, el espacio griego no coincide con el territorio. Muchas fuerzas y actores griegos son capaces de negociar su presencia en el territorio propiamente heleno. Si el Estado les exige demasiado, si la política griega les decepciona, siempre les queda la posibilidad de partir hacia esas otras áreas del helenismo. Al mismo tiempo, el vínculo nacional nunca se rompe por completo, mantenido por los lazos familiares, de amistad y religiosos. Los períodos de reforma y de restauración de la autoridad y de la eficacia del Estado se caracterizan por unos re-

tornos cuyo efecto es muy sensible en términos de progreso económico y social. Así pues, la existencia de otros espacios nacionales, fuera del Estado, constituye un activo para Grecia, una reserva estratégica que es importante preservar.

EL PAPEL DE EUROPA

Comparar las representaciones europeas con las realidades históricas y geográficas permite comprender el origen de estos malentendidos. Las buenas intenciones europeas han conducido con frecuencia al infierno de la corrupción, del clientelismo, del triunfo del arribismo, a la salida de los grupos sociales más activos, a la marginación política de los auténticos europeístas. La perspectiva europea, que antaño sobreestimó a Grecia considerando que tenía un Estado eficaz, subestima ahora su capacidad para recuperarse, la que le proporcionan las reservas extraterritoriales y culturales.

Cuando se unió a la CEE, Grecia tenía una economía poco desarrollada, pero muy equilibrada, con una deuda de poco más del 25% del PIB. En sus treinta años de trayectoria europea, una serie de acontecimientos ha conducido a una importante mejora de sus ventajas comparativas. La situación geográfica de Grecia, marginal durante la Guerra Fría, es ahora central. Desde el fin de la Guerra Fría, sus empresas y sus hombres de negocios disponen de enormes oportunidades gracias a la apertura del espacio balcánico y de la Europa Oriental. La globalización ha creado oportunidades extraordinarias para el crecimiento de un pueblo tan dado a la diáspora. El desarrollo del turismo internacional no puede sino beneficiar a Grecia. Por último, la sociedad de la información, la economía de la imagen, de la mercadotecnia y del logo otorgan un valor inusual a la marca más conocida en todo el mundo: Grecia.

Un punto de partida sólido, un contexto geoeconómico muy favorable, el apoyo económico y político europeo: uno se pregunta cómo, con unas condiciones tan favorables, Grecia ha sido capaz de llegar al borde de la quiebra. Las explicaciones de los economistas, que insisten en la desventaja que supone el euro, parecen claramente insuficientes. No había nada en su geografía que predestinara a Grecia para convertirse en uno de los «eslabones débiles» de la eurozona. Su economía podría haber logrado unos rendimientos excepcionales.

El problema griego no es económico, sino político, y tiene que ver con el funcionamiento de su Estado. El legado del Imperio otomano y las dificultades para establecerse como una sociedad moderna dejaron una serie de traumas que se reavivaron después de 1981, cuando Grecia se convirtió en rentista de Europa. En lugar de contribuir al saneamiento de la vida política y a una modernización de la economía, los fondos europeos han financiado el crecimiento de auténticos tumores en el cuerpo de la política y la economía griegas, que a su vez han acabado destruyendo o marginando las partes sanas.

Esta afirmación en absoluto niega las responsabilidades griegas. Combinado con la gran inmadurez política de los electores, el arribismo de algunos líderes políticos e intelectuales ha dado forma a un paisaje de *hybris*. Al retrasar la *némesis*, la influencia europea conduce, aunque sin pretenderlo, a la amplificación de las dos caras de la tragedia.⁷ La responsabilidad europea es política y tal vez moral, intelectual sin duda: ¿error de juicio, irreflexión? Europa está sufriendo las consecuencias de sus errores y, a juzgar por la política de sus emisarios, persiste en la incompreensión. La relación entre Europa y Grecia es cada vez más frágil. Si algunos en Europa están considerando la expulsión de Grecia, en Grecia está creciendo mes a mes la aspiración a liberarse de lo que muchos denuncian como un «yugo europeo».

¿UNA GRECIA ANTI OCCIDENTAL?

Frente a una crisis que le resulta dolorosa, la sociedad griega toma nueva conciencia de los «fundamentos» económicos, de las debilidades de su vida política, de sus propias responsabilidades. Es capaz de movilizar sus estructuras heredadas y sus instituciones tradicionales, que el sueño del Estado del bienestar había eclipsado: la familia, el barrio, la iglesia. Interrumpir el flujo de dinero va a conducir a la reducción, incluso a la desaparición, de las redes ilícitas dentro del Estado. La dificultad saneará el paisaje político. La penuria es dolorosa, pero saludable. En cinco o diez años, Grecia habrá seguido una trayectoria análoga a la de Turquía en la década de 2000. La «destrucción creativa» que se inicia ahora en Grecia fructificará gracias a las ventajas comparativas, a las reservas estratégicas que contienen los espacios griegos, a la resistencia de una sociedad que ha atravesado grandes penalidades en el pasado relativamente reciente.

A pesar de las apariencias y desde un punto de vista europeo, la principal vertiente del problema griego no es económica, sino geopolítica. Con su rosario de estereotipos xenófobos, la prensa europea resucita las imágenes de un Occidente arrogante, despectivo y prepotente. Al tratar de responsabilizar a los *diktats* europeos, ya sean reales o imaginarios, de las medidas de austeridad, el gobierno (2009-2011) tampoco está haciendo nada para mejorar la situación. La tutela de la administración griega por parte de unas misiones compuestas por expertos europeos es una operación delicada que debe ser vista como una contribución a la eficacia del Estado, pero que sin embargo se lleva a cabo de un modo torpe, lo que ya ha provocado reacciones violentas. Por último, las imprescindibles privatizaciones aparecen cada vez más como una apropiación de la riqueza nacional en beneficio de los grupos extranjeros y de los oligarcas griegos, que además controlan la prensa nacional y son considerados los principales responsables del sufrimiento popular.

El desastre griego, que muchos empiezan a comparar con el de 1974, plantea una vez más la cuestión de la orientación geopolítica de Grecia. Es difícil prever el momento y las condiciones que pudieran quebrar el inestable equilibrio griego.

¿Bancarrota, explosión social, crisis greco-turca, o simplemente una abdicación del PASOK, al igual que ocurrió con las dictaduras militares en julio de 1974? De una forma u otra, es de esperar un colapso doloroso, con el riesgo de desencadenar una ola de sentimiento antieuropeo, o incluso antioccidental.

Los Balcanes occidentales no se han estabilizado; Serbia difícilmente consigue olvidar la humillación de Kosovo; Turquía está cada vez más lejos de Occidente; el debilitamiento de la influencia de EEUU en el Oriente Próximo y las «primaveras árabes» generan nuevas incertidumbres; Rusia y China están desarrollando sus redes y su influencia en Chipre y en Grecia. Cualquier resurgimiento del sentimiento antioccidental en Grecia en nada contribuiría a mejorar esta situación. El alejamiento de Grecia supondría un fracaso para Europa, un duro golpe a su *soft-power*, un debilitamiento de la imagen europea, tan necesaria ante la actual situación económica.

Ciertamente, no hay razón para que Europa acepte nuevas concesiones económicas bajo amenazas, pues eso no haría sino reforzar los excesos griegos de décadas anteriores. Más bien, debe prestar atención a las relaciones con el pueblo griego y sus responsables políticos. Sólo la cooperación entre los responsables políticos griegos, sus representantes legítimos, y los administradores europeos, aquellos que son sensibles a los aspectos culturales de la integración europea, puede salvar la situación.

A diferencia de lo que ocurre con los líderes de los países grandes, que a menudo lo ignoran todo de la cultura de sus interlocutores o que, peor aún, razonan empleando determinados estereotipos, los líderes políticos de los países pequeños dominan perfectamente la cultura europea o la americana, a menudo porque han sido educados o han vivido en las grandes ciudades occidentales. El conocimiento del otro les permite adaptar su discurso para hacerse entender sin dificultad, presentar sus ideas para que sean fácilmente asimilables, explotar las diversas debilidades o sensibilidades. El objetivo de los dirigentes oportunistas consiste en ganarse la simpatía del otro presentándose como defensores de los valores occidentales frente a un pueblo atrasado, corrompido, fanático. Los beneficios financieros o de otra índole así obtenidos se utilizan para imponerse políticamente dentro del propio país. Sin embargo, estos «amigos de Occidente» rara vez son capaces de gestionar el poder del que disponen. Sus fracasos, sus pecados políticos y morales simplemente alimentan las fuerzas antioccidentales.

Los Estados Unidos salvaron a Grecia de los peligros del comunismo en la década de 1940 y ayudaron a su reconstrucción. En cambio, su apoyo a la dictadura de los coroneles, dóciles y halagadores, fue transformando poco a poco en violento antiamericanismo la simpatía de la opinión pública griega hacia ese país. Con la caída de los coroneles, en julio de 1974, el peligro de un retorno del antioccidentalismo griego era muy real. La situación fue salvada *in extremis*. Konstantín Karamánlis, autoexiliado en París, había mantenido las distancias tanto con los coroneles como con la izquierda antioccidental. Prooccidental y proeuropeo, no era muy

apreciado por la diplomacia estadounidense, dadas las admoniciones que lanzaba, sus críticas y su independencia. Henry Kissinger lo consideraba un nacionalista irreductible, un «De Gaulle griego». En el momento crítico, cuando el régimen de los coroneles se derrumbó, Karamanlis fue llamado a Atenas. Giscard d'Estaing le proporcionó apoyo político y militar, algo cuya exacta medida aún desconocemos. Karamanlis, y el presidente francés lograron romper el muro de incompreensión que dificultaba la relación entre Oriente y Occidente. Grecia se salvó de una tentación que le habría conducido, quince años antes de la caída del muro, muy lejos de Europa; Occidente evitó una grave crisis geopolítica y geoestratégica en el Mediterráneo oriental. Grecia y Europa deben inspirarse hoy en ese precedente.

En 2011, Europa descubrió la capacidad destructiva de un pequeño país cuya economía representa menos del tres por ciento de la europea en su conjunto. En lugar de dirigir su cólera contra la población griega, el interés de Europa es mirar a su interior, para comprender cuáles han sido sus propias debilidades, las que han conducido a un fracaso de esta índole. El debate sobre la contradicción entre la unión monetaria y la fragmentación política no es más que un aspecto de la cuestión; si la discusión se reduce a este único punto, puede conducir a un callejón sin salida. La proliferación de malentendidos e incompreensiones entre los diversos componentes culturales de la Unión Europea hace que la posibilidad de la unificación política sea cada vez más remota.

La elección a la que se enfrenta Europa es clara: continuar con su proceso de ampliación geográfica o iniciar una regresión mediante el fraccionamiento geográfico, creando subgrupos definidos de acuerdo con criterios económicos. Si se opta por la segunda opción, puede que reaparezcan de nuevo los peligros que los padres fundadores de Europa trataron de conjurar.

Para seguir avanzando, para hacer realidad el sueño de una Gran Europa, extendida por el Mediterráneo, es esencial un cambio de paradigma. Para integrar en un conjunto coherente una diversidad cultural cada vez más importante, es necesario un esfuerzo de apertura intelectual e identitaria. Sin duda, el precio a pagar en términos espirituales es alto, viviendo como vivimos en un mundo cambiante, poblado por nuevas potencias que extraen su fuerza de su diferencia cultural con Occidente; pero no hay otra solución si queremos evitar el declive anunciado ya en 1920.⁸ El estudio de caso griego puede proporcionar lecciones valiosas para avanzar en esta dirección.

Traducción de Anaclet Pons

NOTAS

1. Georges PRÉVÉLAKIS, «What went wrong with Greece? Lessons from a Balkan Country's Thirty Years of European Experience», en Tihomir Domazet, *Facing the Future of South-East Europe*, Zagreb, Croatian Academy of Sciences and Arts y Croatian Institute of Finance and Accounting, 2010, pp. 221-228.
2. Recordemos que el artículo está escrito antes de que Yorgos Papandréu dimitiera, el 11 de noviembre, dejando paso a un gobierno «técnico» presidido por el economista Lukás Papadimos.
3. Georges PRÉVÉLAKIS, «Géopolitique du philhellénisme», en Cléopâtre Montadon (dir.), *Regards sur le philhellénisme*, Ginebra, Association gréco-suisse Jean-Gabriel Eynard, 2008, pp. 13-20.
4. Jean GOTTMANN, «Le "creuset" des populations en Israël», *Politique étrangère*, núm. 2 (1951), pp. 109-118.
5. Pierre SINTES, «Construction des discours d'appartenance en migration : l'exemple des Albanais en Grèce», en G. Prévélakis (dir.), «Pour une nouvelle Entente balkanique», dossier temático de *Anatoli*, núm. 1 (2010), pp. 193-212.
6. Georges PRÉVÉLAKIS, «Balkans ou Europe du Sud-Est? Une énigme pour la géographie régionale», en Michel Foucher (dir.), *L'Europe entre géopolitiques et géographies*, París, Sedes, 2009, pp. 137-158, en particular pp. 147-150.
7. Georges PRÉVÉLAKIS, «La Grèce: trois décennies d'anesthésiant européen», dossier temático sobre «Complexités balkaniques», *Géostratégiques*, núm. 31 (2011), pp. 97-110.
8. Albert DEMANGEON, *Le Déclin de l'Europe*, París, Payot, 1920, reeditado en París, Guénégaud, 1975.

.....
GEORGES PRÉVÉLAKIS es profesor de geopolítica en la Sorbona (París1) y en el INALCO. Especialista en Europa, los Balcanes y el Mediterráneo Oriental, codirige la revista *Anatoli* (París, CNRS Editions) y colabora en el periódico griego *Estia*. Entre sus distintas publicaciones está, por ejemplo, la reeditada *Géopolitique de la Grèce*. Bruselas, Editions Complexe, 2006 (1997).

Artículo publicado originalmente en *Esprit* 11/ 2011 («Grèce: les raisons historiques de la faillite. La boîte de Pandora») y posteriormente en *Eurozine* (versiones francesa e inglesa). © Esprit © Eurozine.